

# Testamento de Heiligenstadt

Ludwig van Beethoven

Para mis hermanos Karl y Johann:

Vosotros, que pensáis que soy un ser odioso, obstinado, misántropo, o que me hacéis pasar por tal, ¡qué injustos sois! Ignoráis la secreta razón de lo que así os parece.

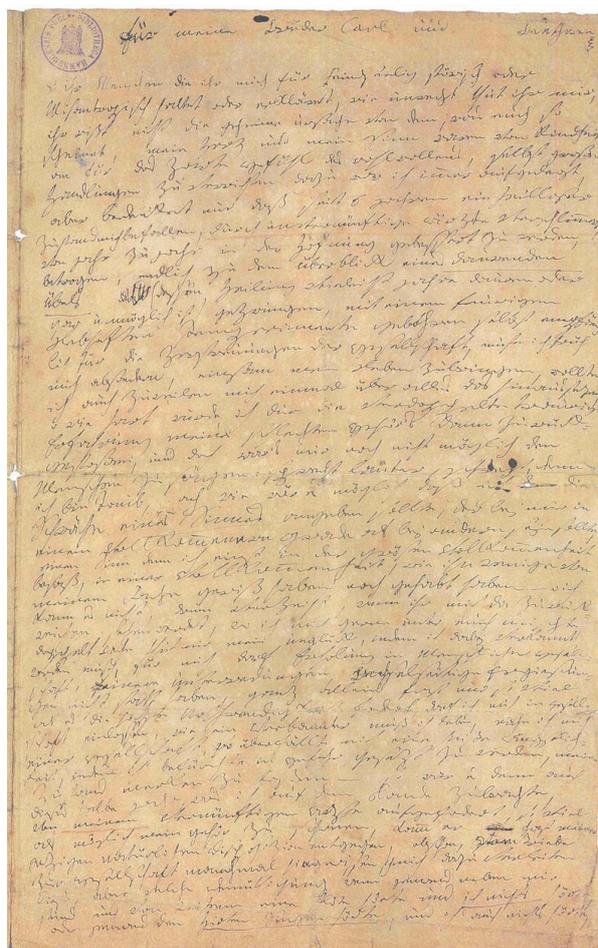
Desde la infancia mi corazón y mi espíritu se inclinaban a la bondad y a los tiernos sentimientos aun cuando estaba siempre dispuesto a acometer grandes actos; pero pensad tan sólo que desde hace casi seis años he sido golpeado por un mal pernicioso que médicos incapaces han agravado.

Decepcionado de año en año, en la esperanza de una mejoría, forzado a terminar considerando la eventualidad de una larga enfermedad cuya curación, de ser posible, exigiría años; nacido con un carácter ardiente y activo, inducido a las distracciones de la vida social, he debido muy pronto aislarme, vivir lejos del mundo, en solitario.

A veces creía poder sobrellevar todo esto. ¡Oh!, cómo he sido entonces cruelmente llevado a renovar la triste experiencia de no oír más. Y, sin embargo, no me era posible decir a los hombres: Hablad más fuerte, gritad, porque soy sordo.

¡Ah!, cómo poder confesar la debilidad de un sentido que en mí debería existir en un estado de mayor perfección, en una perfección tal que muy pocos músicos la hayan conocido jamás.

¡Oh!, no puedo más; perdonadme también si me veis mantenerme al margen, cuando me uniría gustosamente con vosotros. Mi desgracia me resulta doblemente penosa, pues por



Ludwig van Beethoven. Testamento de Heiligenstad. 39,5 x 25 cm. 06 de octubre de 1802. Biblioteca Estatal y Universitaria de Hamburgo, Alemania.

ella debo llegar a ser desconocido; para mí se acabaron los incentivos en la sociedad de los hombres, las conversaciones inteligentes y las mutuas expansiones.

Absolutamente solo, o casi, solamente en la medida en que lo exija la más absoluta necesidad podré volver a tener contacto con la sociedad; debo vivir como un proscrito. Si me acerco a la gente, estoy enseguida atenazado por una angustia terrible: la de exponerme a que adviertan mi estado.

Así he pasado estos últimos seis meses en el campo, aconsejado por mi inteligente médico, para cuidar mis oídos lo más posible. Él previó, casi, mi actual situación, aunque a veces, arrastrado por el instinto de la sociedad, me he

dejado desviar del camino señalado. Pero qué humillación cuando alguien a mi lado oía el sonido de una flauta a lo lejos y yo no oía nada, o cuando alguien oía cantar a un pastor y yo tampoco oía nada. Tales situaciones me empujaban a la desesperación, y poco ha faltado para poner yo mismo fin a mi vida.

Es el arte, y sólo él, el que me ha salvado. ¡Ah!, me parecía imposible dejar el mundo antes de haber dado todo lo que sentía germinar en mí, y así he prolongado esta vida miserable, verdaderamente miserable, con un cuerpo tan sensible al que todo cambio un poco brusco puede hacer pasar del mejor al peor estado de salud. Paciencia, es todo lo que me debe guiar ahora, y así lo hago.

Espero mantenerme en mi resolución de esperar hasta que le plazca a la Parca cruel romper el hielo. Quizá me fuese mejor; quizá no; pero soy valiente. A los veintiocho años, estar obligado a ser un filósofo no resulta cómodo; para un artista es todavía más duro que para otro hombre.

Divinidad, tú que desde lo alto ves el fondo de mi ser sabes que viven en mí el deseo de hacer el bien, y el amor a la humanidad. Hombres, si leéis esto algún día, pensad que no habéis sido justos conmigo, y que el desgraciado se consuela encontrando a alguien que se le parezca, y que, pese a todos los obstáculos de la naturaleza, ha hecho, sin embargo, todo lo posible para ser admitido en la categoría de los artistas y hombres de valía.

Vosotros, mis hermanos Karl y Johann, cuando yo muera, y si el profesor Schmidt vive todavía, rogadle en mi nombre que describa mi enfermedad, y añadid estas páginas, a fin de que al menos después de mi muerte se reconcilie conmigo.

Al mismo tiempo, os declaro aquí herederos de mi pequeña fortuna (si se le puede llamar así). Repartidla honestamente; comprendeos

y ayudaos mutuamente. Lo que habéis hecho contra mí os lo he perdonado hace tiempo, bien lo sabéis.

A ti, hermano Karl, te agradezco especialmente el afecto del que me has dado pruebas en los últimos tiempos. Mi deseo es que vuestra vida sea mejor y menos triste que la mía; recomendad a vuestros hijos la virtud, ella sola puede volvernos felices, y no el dinero; hablo por experiencia; es ella la que me ha reanimado en mi aflicción; le debo, como a mi arte, no haber terminado mi vida con el suicidio.

¡Adiós y amaos! Estoy muy agradecido a todos mis amigos, en especial al príncipe Lichnowsky y al profesor Schmidt.

Los instrumentos donados por el príncipe L. deseo que puedan ser conservados por uno de vosotros; pero que esto no sea motivo de conflicto entre los dos; cuando puedan servir más útilmente para cualquier otra cosa, vendedlos. Estaré contento si puedo, bajo la lápida de mi tumba, ser aún útil.

Ya está hecho: con alegría voy al encuentro de la muerte. Si viene antes de que haya tenido ocasión de desplegar todas mis posibilidades para el arte, entonces llega demasiado pronto para mí, a pesar de mi duro destino, y me gustaría que no fuese más tardía; sin embargo, aún entonces sería feliz. ¿No me libraré ella de un estado de sufrimiento sin fin? Ven cuando quieras, voy animosamente a tu encuentro.

Adiós, y no me olvidéis del todo en la muerte; tengo derecho a esto de vuestra parte, ya que durante mi vida he pensado frecuentemente en haceros felices, sedlo.

Heiligenstadt, 6 de octubre de 1802.

Versión tomada del portal: <https://clasica2.com/recursos/archivos/1.%20El%20testamento%20de%20Heilingestad.pdf>